

# Autonomía y educación

*Abel Martínez Herrera<sup>1</sup>*

Recibido 22/07/2010

Aprobado 13/10/2010

## Resumen

En este artículo pretendo indagar el concepto de autonomía como un ejercicio de reflexión permanente que permite desarrollar una actitud crítica y filosófica, que posibilita en la educación alcanzar “la mayoría de edad” en el sentido propuesto por Kant.

Desde la perspectiva kantiana se entiende por autonomía la capacidad que tiene el individuo de poseer un pensamiento propio. Es decir, de renunciar a una mentalidad pasiva, que no somete a ningún juicio de la razón las contradicciones, las apariencias, tradiciones y costumbres, que generan una dependencia y una fe ciega en cualquier tipo de autoridad que se cree con el derecho de elegirse en juez y señor del mundo.

También se puede afirmar, en consonancia con el pensamiento de Kant, que la autonomía se constituye en un imperativo categórico, que consiste en ponerme en el lugar del otro, no para rechazar sus opiniones, sino, por el contrario, para hacerlas útiles para nuestra propia vida.

De igual modo, para alcanzar la mayoría de edad se debe perseverar en el ser, que tiene como *telos* la coherencia y la constancia en el pensamiento.

*Palabras clave:* autonomía, mayoría de edad, pensamiento, actitud, educación.

## Abstract

In this article I explore the concept of autonomy as a permanent reflection exercise that helps develop a critical and philosophical attitude, which enables in education to reach “adulthood”, in the sense proposed by Kant.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Filosofía y Ciencias Religiosas, Universidad Lumen Gentium Cali. Magíster en Educación con énfasis en Desarrollo Humano, Universidad de San Buenaventura Cali. Profesor del Departamento de Humanidades, Pontificia Universidad Javeriana Cali. Correo electrónico: abmahe@yahoo.com.mx

From the kantian perspective autonomy is understood as the ability of the individual to own one's own thought, ie to give up a passive mentality does not impose any view of the reason the contradictions, appearance, traditions and customs, which generate dependence and blind faith in any kind of authority that is created with the right to be elected as judge and ruler of the world. It can also be said in line with Kant's thought that autonomy constitutes a categorical imperative that put myself in someone else's place, not to reject their views, but on the contrary make them useful for our own lives. Similarly to reach the majority age we must persevere in being, that has telos as the coherence and consistency in thought.

*Key words:* autonomy, adulthood, thought, attitude, education.

## Introducción

El presente trabajo busca desarrollar el concepto de autonomía como un saber crítico y filosófico, expresado en términos de posibilidad de pensar, hacer, decidir y elegir sus intereses y su propio proyecto de vida, que se refleje en la construcción de un estilo de vida personal y social a través de una clara conciencia de la realidad frente al mundo en el que se desenvuelve el ejercicio de la praxis educativa.

Esta explicación anterior me obliga a hablar del momento presente. Vivimos en una sociedad rebaño que tiene como finalidad homogeneizar los comportamientos y de ofrecer una falsa libertad, que masifica y aliena la dignidad del ser humano, donde no se asume la responsabilidad de gobernarse por sí mismo, que se somete a la omnipotencia de la industria cultural que privilegia el reino de lo fugaz, transitorio, inestable, sobre toda acción y conducta que lleve al ser humano a recuperar la memoria como una forma viviente que se desarrolla en la historia de un pueblo.

Estas expectativas impuestas desde el mercado crean una gran masa de consumidores que no piensan, solo obedecen. Por eso mismo, a partir de ella se legitima esta cultura dominante, donde el ejercicio de la razón instrumental se convierte en un medio para la explotación económica, la dominación política y la exclusión social, como una jaula de hierro que fabrica el sistema capitalista donde la norma suprema es la competencia, que genera una guerra de todos contra todos y, por ende, nos aleja de lo humano como posibilidad de desarrollar la vida en comunidad.

A partir de estas nuevas premisas, el sistema capitalista optimiza las ganancias que se cristalizan en la ecuación riqueza, eficiencia y verdad, donde es más importante el dinero que el deseo de saber.

En este sentido, la educación se convirtió en un negocio, impuesto por una razón de empresa, que reduce a los seres humanos a una dependencia ciega en el sistema y a una mínima expresión de su racionalidad.

El desarrollo de este trabajo, en un primer momento, muestra los orígenes de la filosofía como amor a la sabiduría o espíritu crítico. Segundo, “la mayoría de edad” frente al miedo a la libertad. Tercero, la ilustración en Colombia a la luz de una mirada contemporánea desde Kant y, finalmente, unas conclusiones.

## **1. La filosofía como amor a la sabiduría o espíritu crítico**

Los orígenes y el carácter de la filosofía se hallan en Grecia. Esta afirmación es el núcleo de partida que pretende demostrar que fueron los filósofos griegos los que inventaron la filosofía. En contraposición a la sabiduría oriental, que se posesiona en la religión y en los sacerdotes, que tienen el poder exclusivo de defender y transmitir la sana doctrina en toda su pureza, es decir, el único propósito de la sabiduría oriental es la tradición.

La filosofía griega es, por el contrario, investigación. El fundamento originario es la libertad frente a las creencias aceptadas como verdades incuestionables. El hombre no posee la sabiduría, sino que debe buscarla, no es Sofía, sino filosofía, esfuerzo intelectual para ir más allá de las costumbres, de las tradiciones y de las apariencias.

La filosofía no es patrimonio de una secta. Cualquier hombre puede filosofar, porque el hombre es un animal racional que en su ejercicio del saber tiene la posibilidad de buscar la verdad de forma autónoma, que no se apoya en la tradición, sino en la fuerza de la razón como capacidad activa para interpretar la realidad.

La autonomía es un aprendizaje que requiere de voluntad consciente y razón, es decir, una visión responsable por medio de la cual se alcanza progresivamente la comprensión de una realidad que pretende cuestionar todo tipo de opiniones corrientes, tradiciones y mitos infundados, en un sistema de creencias reveladas de manera absurda e irracional.

Vista desde las anteriores consideraciones la filosofía es, entonces, la tarea del pensar. Y se justifica porque da razones que permiten desarrollar la capacidad *crítica*, reflexiva y analítica.

Estos caracteres se hallan vinculados en todas sus manifestaciones a los orígenes de la filosofía griega y se autocomprende en la misma etimología de la palabra, que

significa “amor a la sabiduría”, como ese interrogarse acerca de lo que es fundamental en la vida. A través de las ideas que se construyen como una forma de comprender y entender el mundo.

En este contexto histórico el “porqué” irrumpe en el mundo de la vida como pregunta esencial. Es una forma particular de ver el mundo y las cosas. Es “apropiarse de la belleza”, como la imagen que utilizó Pitágoras para referirse al origen de la palabra filosofía: “Comparaba la vida a las grandes fiestas de Olimpia a donde algunos acuden por negocios, otros para participar en las competiciones, otros para divertirse y, en fin, algunos sólo para ver lo que ocurre; éstos últimos son los filósofos” (Abbagnano: 4). Esta escena hace parte de la vida moderna, que nos saca de la monotonía de la vida práctica y surge una nueva actitud espiritual donde el asombro trasciende el mundo de lo obvio y lo evidente.

Aristóteles dice acerca de esto: “lo que en un principio movió a los hombres a hacer las primeras indagaciones filosóficas fue, como lo es hoy, la admiración” (Aristóteles, 1992: 10). Por medio de la admiración se puede descubrir lo que son las cosas como tales independientes de su utilidad.

De igual manera, la admiración no desaparece del mapa filosófico. Marx y Hegel filosofan por inquietud e insatisfacción, porque en el mundo real lo más importante es la emancipación del hombre que busca la transformación del mundo para hacerlo más humano. Así, pues, el hombre llega a la solución de sus problemas, no mediante la especulación, sino a través de la acción críticamente iluminada y dirigida.

Entonces, el filosofar surge como la primera actitud existencial de autonomía, de aquellas condiciones necesarias para pronunciar juicios reflexivos y maduros sustraídos tanto de la pasión como de la precipitación. Existe una consagración al conocimiento, al estudio y a la profundización del ser por sí mismo.

Según esto, se puede deducir que la filosofía es un saber crítico y reflexivo. Es la más elevada y a la vez la más inútil de todas las ciencias, porque se esfuerza por conocer los principios y las causas que implican una actitud ante la vida, un *ethos* donde los argumentos y los razonamientos buscan transformar la realidad frente a los supuestos que fundamentan las disciplinas, la sociedad y el individuo.

En este orden de ideas podemos afirmar que el pensamiento filosófico en su génesis se halla impulsado por la teoría como un ideal consciente donde se ve un creciente desarrollo de la individualidad para proclamar libremente sus sentimientos y sus ideas, sobre la vida humana y su entorno.

Por otra parte, la filosofía se constituye en un saber autónomo que en su propio sentido designa el problema de la investigación. Por lo cual el pensamiento indaga de manera crítica y con rigor lógico la búsqueda de la verdad.

Desde los postulados anteriores se establece una relación entre autonomía y educación, cuya finalidad es la construcción del ser humano en aras de su perfección y desarrollo integral. En este sentido, la educación contribuye a que el ser humano sea capaz de conocerse, de indagar sobre su naturaleza, de comprenderse y, a partir de este aprendizaje, comprender a los demás. En palabras de Kant, es alcanzar su condición de mayor de edad. Es decir, que sea capaz de evidenciar una consistencia entre su pensar y hacer, que se manifieste en el uso público de la razón. Es precisamente en ese componente donde el individuo se hace autónomo.

La educación aparece como un ideal donde lo humano se ubica en el centro de la existencia, “constituido convenientemente y sin falta, en manos, pies y espíritu” (Jaeger, 1942: 11).

Sin duda, este criterio permite reflexionar acerca de los fundamentos de la educación, como una praxis que corresponde a la articulación del actuar y el pensar. Este acto de identidad es posible en la medida en que se interrogue sobre el por qué, cómo, dónde y para qué de las diferentes formas de interpretar y transformar la realidad en su momento presente.

Este propósito pedagógico se resume en el mito de Prometeo, que roba el fuego a los dioses y trae la luz a la humanidad doliente y se convierte en símbolo de la cultura enseñando a los hombres los métodos para alcanzar la perfección moral y las metas últimas de la existencia.

Cabe, en fin, destacar que la filosofía nos ayuda a entender la complejidad de la vida y a generar un mapa de problemas a través de la dialéctica del conocimiento, que nos permite pensar nuestro tiempo y pensarnos a nosotros mismos, donde se acentúa un esfuerzo por interpretar la realidad a través de la argumentación razonable y persuasiva, como un descubrimiento hermenéutico de apertura a la alteridad, que implica tener un punto de vista propio, para comprender el punto de vista ajeno. En este sentido, la libertad se convierte en un paradigma, como la capacidad de transformación de uno mismo y de los demás. En resumen, el fundamento de todo conocimiento ético y pedagógico sería inútil si no buscara el conocimiento por sí mismo y respetara el derecho de los demás a expresar sus razonamientos como sujetos autónomos que participan en la sociedad.

Desde las reflexiones anteriores es importante acotar que la educación en la Grecia antigua nació de las necesidades más profundas del Estado y su origen parte en utilizar las fuerzas formadoras del saber y la formación del espíritu en relación con las condiciones sociales que encierran una extraordinaria multiplicidad de procedimientos que pretenden llegar al ser del hombre.

Fueron los sofistas los creadores de la formación espiritual y del arte educador que conduce al más alto humanismo de la civilización humana.

La educación humana es cultura espiritual, porque tiene una intencionalidad formativa en donde lo humano se reviste de un orden práctico y a través de la oratoria se pueden pronunciar palabras decisivas y bien fundamentadas.

Esta facultad de la oratoria se sitúa al lado de gramática, retórica, dialéctica, poesía y música, como fuerzas formadoras del alma. Este ideal griego se resume en una educación ética y política que se desarrollan en el espíritu universal de toda cultura.

De otro lado, en los orígenes de la filosofía como saber crítico nos encontramos con la figura imperecedera de Sócrates, que entendió la investigación filosófica como un examen incesante de sí mismo y una constante indagación en torno a la condición humana.

“Su tarea consistió en charlas en las plazas de Atenas con cuantos quisieran buscarse a sí mismo y encontrar la fuente de la virtud. Su habilidad consistía en persuadir y disuadir; su método no era la exposición, sino el diálogo y sobre todo la interrogación” (Ferrater, 1994: 3330- 3331).

Sócrates consideraba el diálogo como el único camino para entendernos con los otros. Su órgano vital era la palabra hablada a través de la esencia de los conceptos o el arte de descubrir (mayéutica), que es la búsqueda autónoma de los valores sobre los que debe fundarse la sociedad.

Sócrates es un maestro en el arte de la persuasión que, bajo la forma de preguntas y respuestas, enseña el arte de la dialéctica. Aristóteles dice que la definición de los conceptos es una conquista del ateniense.

Su imperativo ético y antropológico de “conócete a ti mismo” se convierte en la guía de la Ilustración y la filosofía moderna, que consiste en no perder los límites de sí mismo y dominar las pasiones por medio de la virtud. Sólo es feliz el hombre que representa la antítesis de aquel que vive esclavo de sus propios apetitos.

Este principio socrático de dominio interior desarrolla un nuevo concepto de libertad que significa la independencia del hombre con respecto a la parte animal de su naturaleza.

En este contexto, y con idénticos propósitos, aparece la figura de Platón, que sostiene que el pensamiento no es más que un discurso que el alma hace consigo misma, un diálogo interior en que el alma se pregunta y se contesta a sí misma. El diálogo es para Platón el único medio para expresar y comunicar a los demás la vida de la investigación filosófica.

Lo que hace posible la ciencia filosófica por excelencia, según Platón, es la dialéctica, que es el procedimiento propio de la investigación racional, como técnica que permite ascender de lo sensible a lo inteligible.

El diálogo aparece como una forma de vida, que consiste en un ejercicio de sabiduría, que compromete las manos, los pies y el espíritu, mediante el esfuerzo consciente del conocimiento y de la voluntad dirigida a la consecución de un fin.

Platón concibe el pensamiento como un diálogo, que implica una exigencia de racionalidad y de universalidad. La libertad de juicio consistía en una búsqueda en común e intercambio de ideas, donde se expresaban puntos de vista muy diferentes para indagar las verdades filosóficas de manera desinteresada, como un acto sublime de contemplación que se transforma en una experiencia intelectual y espiritual y le permite abrazar todo lo humano en su totalidad.

En síntesis, se puede afirmar que toda educación consiste en llevar al hombre del mundo sensible a la consideración del mundo del ser que se realiza en la práctica del bien supremo.

Este modelo platónico representa un progreso fundamental en la educación, porque no es una propiedad individual, sino que pertenece al ámbito de la comunidad, donde su ethos se interioriza en ser humano como fuente de toda acción y conducta, que justifica el fin último de su existencia.

La inspiración fundamental de este pensamiento se puede dilucidar en *La República*, que expone la misión del filósofo como aquel que ama el conocimiento en su totalidad y no sólo en algunas de sus partes singulares.

Este saber no consiste en una asimilación pasiva, sino en una búsqueda esforzada que sólo es posible mediante el deseo de aprender y despertar del sueño dogmático del mundo de las apariencias. Con respecto a lo anterior, es importante recordar

las palabras de Platón: “¿No tendremos razón, a juicio tuyo, para responder que el que tiene verdaderos deseos de ciencia no se detiene en las cosas que sólo son apariencias, sino que, nacido para conocer lo que es realmente, propende, con ardor y con esfuerzos que nada pueda sujetar ni superar, hasta llegar a unirse a ello con la parte de su alma que más íntimamente se le acerca y hasta que finalmente, cuando esa unión, ese divino acoplamiento ha hecho nacer en él la inteligencia y la verdad, recibe de ser vista clara y distinta, dejando de ser su alma presa de los dolores de parto?” (Platón, 1993: 537).

Todo el problema del conocimiento radica en hallar el camino de acceso a la ciencia, que se puede alcanzar por medio de la palabra, la definición, la imagen y el saber que permite aprehender el objeto en la realidad del pensamiento.

Mediante esta acción pedagógica la educación se constituye no solamente como comienzo temporal, sino como principio o fuente espiritual, puesto que la verdad se produce en el pensamiento y la fuente de este conocimiento es múltiple. Ya que esta relación no es únicamente intelectual, porque compromete la humanidad del ser humano y también la voluntad, que se traduce en la experiencia del amor.

En conclusión, el objeto de la filosofía es la realidad y el ser en su conjunto. El logos de toda educación se origina en la palabra y la acción, que permiten la soberanía del espíritu sobre lo que es aparente y efímero.

Nos separamos con esto de Platón, para pasar a su discípulo Aristóteles, que considera la filosofía como filosofía primera, la ciencia del ser en cuanto ser, pero también comprende las ciencias teoréticas, la física, la ética y la matemática. En este sentido, el filósofo es el “conocedor del conjunto de las cosas, en cuanto es posible, pero sin tener las ciencias de cada una de ellas en particular” (Aristóteles, 1992: 7).

Aristóteles se encamina hacia la constitución de un saber enciclopédico de las ciencias, donde el todo es el resultado de la composición de las partes, en las que no se deja de lado ningún aspecto de la realidad.

La filosofía se define como la “ciencia teórica de los primeros principios y de las primeras causas, porque una de las causas es el bien, la razón final” (Aristóteles, 1992: 8).

Esta determinación filosófica da a la filosofía su plena autonomía y su máxima universalidad, constituyéndola presupuesto indispensable de toda investigación humana.



Para Aristóteles, la filosofía tiene como objetivo fundamental conducir a cada hombre a la contemplación, a través de la virtud, que tiene como proyecto alcanzar la felicidad.

La virtud es el hábito de hacer el bien y su fin no es el poder, ni el mantenimiento de la vida, su fin es el bien común, porque la polis es anterior al individuo, pues este no puede existir sin aquella: “una polis existe para lograr una vida buena y no solo para mantener la vida” (Aristóteles, 1954: 30).

En la línea del pensamiento aristotélico, la ética y la política pertenecen a la razón deliberativa, que tienen como propósito la razón práctica, de hombres libres que son capaces de conducirse a sí mismos, ser jueces de sí mismos, de la justicia y del bien, que buscan la felicidad como fin último.

Con respecto a la ética, el estagirita habla de diversos modos de vida, que se identifican con los placeres, la política y la contemplación. Los primeros son esclavos de sus vidas voluptuosas, los segundos llevan a cabo su libertad en la comunidad política y los filósofos son autónomos en la polis.

El hombre que ejerce su dominio de sí mismo es el escultor de su propia vida. Su vida es una obra de arte, como la capacidad de transformarse a sí mismo y transformar el mundo a través del ethos vital que gobierna el alma y mantiene una profunda relación de libertad y amor hacia el saber.

Todo esto nos permite decir que la actitud filosófica busca formar el hábito de pensar por sí mismo, de tomar una posición frente al mundo, al saber y a la sociedad como la posibilidad de elegir prudentemente sobre lo que es bueno y conveniente para sí mismo y vivir bien en general.

Y finalmente, en el libro VIII de *La Política*, Aristóteles nos hace una consideración a cerca de la educación: “nadie pondrá en duda que el legislador debe poner el mayor empeño en la educación de los jóvenes. En las ciudades donde no ocurre así ha resultado en detrimento de la estructura política, porque la educación debe adaptarse a las diversas constituciones, ya que el carácter peculiar de cada una es lo que suele preservarla del mismo modo que la estableció en su origen ( ). Y el espíritu mejor, en fin, es causa de la mejor constitución” (Aristóteles, 1997: 223).

El segundo aspecto crítico a tratar es la incapacidad que tiene el ser humano para apropiarse del propio pensamiento. Por eso se hace necesario sacar al hombre de esta condición en cuanto es incapaz de servirse de su propio entendimiento, pues asume una actitud de sometimiento, dependencia y no libertad.

## 2. La mayoría de edad versus el miedo a la libertad

En la modernidad, la mayoría de edad no se reduce al aspecto cronológico del individuo, sino a la capacidad que tiene éste de transformar la realidad mediante el desarrollo de la experiencia. Lo anterior exige el ejercicio de la autonomía que posibilite la independencia del ser humano frente aquellas situaciones que lo esclavizan.

La mayoría de edad supone el ejercicio de la autovalidación del propio pensamiento, en cuanto al tener que pensar por cuenta propia, en relación con los demás, y, por último, el de concebir en forma constante y coherente.

La primera es de carácter negativa. Es decir, que implica el autogobierno del individuo - el estado de libertad- “el más inofensivo de lo que puede llamarse libertad” (Kant, 1987: 62). En cuanto que el individuo es capaz de utilizar sus propias capacidades intelectuales.

La segunda es de carácter positivo y significa que en las relaciones con los demás siempre nos vemos expuestos a sus juicios. Sin embargo, no se trata de rechazar las opiniones de los demás, sino, por el contrario, hacerlas útiles para nuestra propia vida.

La tercera tiene que ver con la coherencia y la constancia en el pensamiento. Se pretende que el ser humano puede actuar y pensar en equilibrio. Esto hace que avance en la construcción de su propio pensamiento.

Frente al miedo a la libertad, Kant desarrolla dos elementos fundamentales en la respuesta a la pregunta qué es la ilustración. Estos son:

1. La incapacidad que tiene el ser humano para apropiarse del propio pensamiento. Es decir, el miedo para asumir por sí mismo las tareas de la ilustración. Incluso Kant llega a sostener que en ese estado de temor cualquiera puede abrogarse el derecho de ser tutor o benefactor de nuestro pensamiento.
2. El otro elemento que imposibilita el desarrollo de la edad adulta en el pensamiento es la pereza, que sin duda atropella el valor de la vida misma y convierte al individuo casi en un “animal domesticado”, en cuanto lo limita en sus posibilidades latentes y explícitas para vivir en el ejercicio de la libertad y de la mayoría de edad.

Se puede inferir de estos postulados que asumir la mayoría de edad en la educación representa un grado de civilización en la especie humana, que potencia el hábito de pensar por sí mismo, pensar en relación con los demás y la coherencia como forma de vida.

La Ilustración y la educación son elementos que deben estar unidos en un proceso cultural en cuyo anhelo se encuentran los propósitos del entendimiento humano. Es decir, las tareas de crítica, de superación y de libertad intelectual. Estos elementos se convierten en un desafío con respecto a las posturas fáciles y cómodas que representan los seres humanos frente a su responsabilidad de pensar. Sin duda, el reflejo de una educación bancaria.

El profesor Rubén Jaramillo Vélez, en su artículo *Una educación para la mayoría de edad*, señala el papel que desempeña la Ilustración de cara a la construcción del saber acumulado. Es decir, aquel conocimiento que se transmite de generación en generación hasta la formación de la herencia cultural. El papel del filósofo está determinado al perfeccionamiento de su naturaleza y en buscar el camino que le permita salir de los “subproductos” de la cultura, que no son otra cosa que obstáculos que limitan el desarrollo de la humanidad (Jaramillo, 1998: 225-243).

Para terminar dicha tarea se requiere salir del encerramiento vital, entendido éste como la incapacidad de salir de la minoría de edad para pasar a la autonomía. Es de suma importancia que se llegue al compromiso de poseer un pensamiento propio que se refleje en la construcción de su propio estilo de vida.

De modo similar, la actitud filosófica es el punto de partida que permite al hombre elaborar su sentido del mundo, sus cosmovisiones, sus explicaciones, inquietudes, intereses e interpretaciones, que surgen de la posibilidad de vivir y de pensar distinto. Esta exigencia en el fondo es un desembarazarse de los hábitos construidos hasta el momento, por la pereza y el facilismo que impiden reconocer una actitud crítica de sí mismo y del entorno. Por esta razón, la actitud crítica debe permitir entender el contexto de cómo nacemos, vivimos y pensamos.

La importancia vital de este argumento radica en la capacidad que tienen los individuos de asumir la responsabilidad del desarrollo humano y de la transformación del mundo en el que viven. Como seres racionales tenemos la opción de contemplar la vida de otros, de juzgar cómo son las cosas y lo que hay que hacer. En este sentido, en la medida en que se profundice en una educación autónoma como posibilidad de cultivar la razón y de elegir, existe la posibilidad de ampliar el horizonte contra los reduccionismos políticos, culturales, religiosos, económicos y sociales que no permiten, en términos humanos, alcanzar su universalidad.

La libertad del pensamiento permite el desarrollo de la individualidad y esta, a su vez, potencia el conocimiento de la verdad, que actúa en correspondencia con los procesos teóricos y prácticos del conocimiento.

Kant con su pensamiento crítico busca fortalecer las libertades individuales y mostrar, a través de la epistemología, cómo la educación permite mejorar la condición de humanidad.

La actitud de Kant, con respecto a la educación, se resume en estas palabras “la educación es un arte cuya práctica debe ser perfeccionada a lo largo de las generaciones. Cada generación instruida por los conocimientos de las precedentes es siempre más apta para establecer una educación que desarrolle de manera final y proporcionada todas las disposiciones naturales del hombre y que así conduzca a la especie humana hacia su destino (...). Por eso la educación es el problema mayor y más difícil que puede plantearse al hombre” (Kant, 1985: 4).

La propuesta de la Ilustración recobra interés en la actualidad, pues permite hacer una reflexión de tipo crítico en torno a la pereza intelectual que en ocasiones embarga al sujeto y que no le permite alcanzar la mayoría de edad, lo que genera en aquel un estado de angustia y desesperación, pues se siente esclavo de la incapacidad que produce el no pensar por sí mismo. Es decir, en el sentido kantiano, la imposibilidad de enfrentar la realidad que manifiesta el ser humano cuando no se es autónomo. Por ello resulta importante tener en cuenta la vigencia del telos ilustrado, en el contexto de la realidad colombiana.

### **3. La Ilustración en Colombia**

Para ser más concretos, se enmarca la ilustración neogranadina entre los años 1760 y 1810. En efecto, el arribo de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada constituye un acontecimiento histórico, porque en torno a él aparece una generación ilustrada de pensadores, como José Félix Restrepo, Francisco José de Caldas, Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano, Antonio Nariño y Camilo Torres. Ellos utilizaban los principios de la Ilustración para hacer una dura crítica a las instituciones coloniales, anquilosadas en el método escolástico y el dogmatismo que los caracterizaba, de modo que se luchó porque las universidades dieran más importancia a las ciencias y al método experimental.

El modelo escolástico fue impuesto en América, desde el comienzo de la colonia, por las órdenes religiosas que fundaron escuelas donde se enseñaban las artes, que se impartían en dos cursos: El Trívium (Gramática latina, retórica y dialéctica) y en Quadrivium (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música). El alumno que aprobaba estas materias podía estudiar teología, que era la ciencia primera.

La escolástica plasmó sus aportes doctrinales en grandes síntesis llamadas *summas*. En estas obras se logró relacionar la filosofía con el cristianismo. Un ejemplo es la *Summa teológica*, de Santo Tomás de Aquino, en la que el autor hace uso del método aristotélico para explicar la revelación. Por eso se dice que la Escolástica y la filosofía eran auxiliares de la Teología. Contra este plan de estudios obsoletos, incapaces de satisfacer las nuevas necesidades que se sienten en el virreinato, van dirigidas las críticas de los ilustrados.

Durante la Colonia, las universidades constituían un mundo cerrado al exterior. Y no se tenían en cuenta la curiosidad científica ni las nuevas políticas. La opinión de los maestros era la última palabra. Ellos utilizaban un tipo de lógica superficial donde se hablaba de cosas que no se entendían sin escuchar la voz de la razón.

El espíritu cerrado de aquellas instituciones defendía sus posiciones con argucias, fanatismos y triunfalismos, entre otras cosas. En oposición a este modelo pedagógico, los neogranadinos ilustrados fundamentaron su saber en una razón analítica de la descripción de los fenómenos en un sistema de leyes. No es el método de Descartes, sino el de Newton el que sirve de paradigma.

Este modo de filosofar, analítico y sintético, hizo rápida carrera entre los ilustrados del nuevo reino, para llenar el vacío que dejaba el método escolástico de la “*disputatio*” y del argumento de la autoridad, que volvía perezoso al individuo en el uso de la razón y dispensaba de la observación. Por lo mismo, los ilustrados vuelven directamente a la naturaleza, sin los apriorismos especulativos vigentes durante el siglo XVII.

En consecuencia, se produce un rechazo de la física tradicional apoyada en la teoría geocéntrica, propuesta por Ptolomeo, que estaba envuelta en especulaciones metafísicas que no conducían a ningún tipo de conocimiento útil que transformara la realidad. Además, se marcaba una distinción clara entre las exigencias científicas y los postulados de la fe, es decir, se atacaba la conciencia supersticiosa que se oponía al estudio de la naturaleza, pues esta solo podía ser estudiada por medio de la observación y la experiencia, a través del camino más seguro, el de las demostraciones matemáticas.

Lo anterior contribuye a propiciar el surgimiento de una nueva corriente filosófica, el positivismo, que se opone a la metafísica tradicional, pues la consideraba como una ciencia especulativa, abstracta e inútil. Por el contrario, las “ciencias útiles” establecían sólidos conocimientos de la naturaleza, dado que se apoyaban en las observaciones y en la experiencia para hallar la verdad de las cosas en los hechos y en los fenómenos. Es decir, se trataba del pleno ejercicio de la libertad del pensamiento, que permitiría asumir los nuevos planteamientos y métodos del saber.

Así, la ilustración pasa a ser la única salida que tiene el hombre para dejar su condición de minoría de edad de la que él mismo es culpable. Esa minoría de edad, como se ha expuesto en otro apartado, consiste en la incapacidad para servirse del propio entendimiento sin la dirección de otro.

Por tal motivo, la educación en Colombia ha de contribuir a la construcción del pensamiento autónomo que posibilite una actitud crítica que le permita transformar la historia, es decir, su realidad.

Se hace necesario que los hombres, en su actual condición “sean capaces” o puedan llegar a serlo, de servirse bien y con seguridad del entendimiento, sin la intervención de “elementos extraños”, que le coaccionen su libertad, para que se posibilite el ejercicio de su autonomía.

En la actualidad, el proceso educativo debe reivindicar la condición del ser humano como fundamento y estandarte del mismo proceso, en cuanto que el hombre es el centro del quehacer educativo.

### **A modo de conclusión**

La autonomía es un ejercicio donde el sujeto toma decisiones conscientes de carácter personal. Esta se encuentra suscrita en el contexto de desempeño social y en las interacciones del sujeto en su comunidad.

Por lo anterior, se hace imprescindible suscitar en el ejercicio pedagógico una actitud crítica y filosófica, que contribuya a la transformación de la realidad mediante la confrontación cotidiana de las situaciones que se generan día a día.

Desde esta óptica la construcción de autonomía se constituye en verdadero sentido y significado de las acciones, que permiten desarrollar una actividad de reflexión, análisis y cuestionamiento permanente del hacer diario y del proceso del pensamiento, máxima expresión del uso de la libertad en forma responsable.

La autonomía es considerada como la posibilidad de decidir libre y conscientemente el mejor camino, siendo el sujeto responsable de sus actos. Es poseer una actitud de cuidado de sí mismo. La autonomía en este caso está circunscrita a un contexto de pertinencia y desempeño del educador, que se puede superar y transferir a otras situaciones en otros contextos y entornos, donde se integran posturas de tipo ético, moral y social de todos sus actos.

Pensar en hacerse cargo de sí involucra abordar las diferentes dimensiones humanas y provocar en el sujeto acciones de pensarse a sí mismo. Es decir, reflexionar sobre los comportamientos, actos, pensamientos y acciones de forma integral e inteligente.

La educación debe incentivar en el individuo la libertad de pensamiento y permitirle en su praxis diaria la aplicación de su autonomía moral, ya que, en última instancia, él es el hacedor de su propio proceso formativo.

La educación actual debe despertar en el individuo el desarrollo de todas sus potencialidades, para que le permitan identificarse con su realidad de ser humano, a fin de suscitar una acción concreta y transformadora en su propio momento histórico.

### **Bibliografía**

- Abbagnano, Nicolás, *Historia de la Filosofía*, Aragón, Barcelona, 1973.
- Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, Gredos, Barcelona, 2007.
- Aristóteles, *Política*, Panamericana, Bogotá, 1997.
- Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, Ariel, Barcelona, 2002.
- Jaramillo, Vélez Rubén, *Colombia: una modernidad postergada*, Temis, Bogotá, 1998.
- Kant, Emanuel, *Comienzo presunto de la historia humana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Kant, Emanuel, *Respuesta a la pregunta qué es la ilustración*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Platón, *Diálogos*, Porrúa, México, 1993.
- Jaeger, Werner, *Paideia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.